

# LA POESIA TRUNCADA DE JOSE BENAVENTE SERRANO (1853-1876)

POR  
AMELIA CANO CALDERON

«Murcia, pues, ha perdido una de sus más legítimas esperanzas, una futura gloria, imaginación brillantísima, profunda inteligencia, corazón elevado, alma de artista» (1).

Quien así se expresaba era Juan García Aldeguer en la necrológica que con claros tintes intimistas escribía a las pocas horas de la muerte de su amigo, el poeta José Benavente Serrano.

Muy corta había sido la vida del poeta, tan sólo 23 años. Nacido el 24 de marzo de 1853, murió el 2 de abril de 1876.

Perteneció a una modesta familia radicada en el popular barrio de San Antolín, su padre, Joaquín Benavente era, según consta en el libro de nacimientos del Ayuntamiento (Inscripción número 911), sastre de profesión.

El hecho de haber nacido en el seno de una familia de escasos recursos económicos fue quizá la causa de su muerte en el más estricto sentido material. «Benavente —decía García Aldeguer— era pobre y el ser pobre fue su sentencia de muerte» (2).

---

(1) Necrológica en la muerte de José Benavente Serrano escrita por Juan García Aldeguer. *La Paz de Murcia*, 2 de abril de 1876, pág. 1.<sup>a</sup>

(2) *Ibidem*.



Si una trayectoria tan corta poco da de sí para articular una biografía —por otra parte exenta de grandes y aun de medianos hechos— parece desprenderse de lo que se escribió sobre él al morir que sus ambiciones literarias y su actividad en este sentido fueron constantes desde temprana edad, «Benavente ha muerto —escribía García Aldeguer— (...) víctima más que de esa terrible enfermedad que aniquilaba su cuerpo, de otra enfermedad moral que destrozaba su alma: aspiraciones levantadas, ilusiones de gloria, sueños de amor, generosas ideas, todo se estrellaba contra las impurezas de la vida y las miserias de este mundo. (...) Algunos medios para alcanzar el logro de sus aspiraciones, algún estímulo que no fuera la desgracia, otro aguijón que no hubiese sido la pobreza era lo que Benavente necesitaba: entonces hubiera vivido y hubiera dejado nombre imperecedero en la historia de la poesía como eterno lo ha dejado en la memoria de cuantos lo conocieron» (3).

Pero sus grandes ilusiones, su deseo de vuelo poético se vieron truncados, aun antes de su muerte, por un cúmulo de desgracias familiares que influyeron no ya en su carácter sino incluso en su aspecto físico. «Pesaba sobre su frente el dedo abrumador del destino —explica Martínez Tornel en el prólogo que escribió para su libro póstumo— veíasele casi siempre con la cabeza baja, hundida sobre los hombros, como el que tiene hecho el sacrificio de su voluntad; notábasele en la mirada de sus negros y grandes ojos un extravío (sic) lúgubre, sublime, como el de el éxtasis, o como el del desterrado de su patria. Amaba la soledad, el retiro, la oscuridad; y, en el apartamiento del mundo, templaba su arpa, alimentaba su espíritu con la meditación y el estudio, jugueteaban sus dedos en las cuerdas de su lira, recorría en descuidadas pulsaciones la escala del sentimiento, preparaba, en fin, su alma apasionada, que se sentía capaz de mayores esfuerzos» (4).

Bien es cierto que, si este tono de amargura parece que presidió su vida, este ensimismamiento no lo incapacitó para llevar a cabo una corta pero agitada vida literaria. Aprovecha cualquier ocasión para escribir y para publicar. La Paz de Murcia será su plataforma de lanzamiento y, básicamente, será este diario su principal órgano de expresión. Incluso un año después de su muerte se publicaba en este periódico, con motivo de la festividad del Jueves Santo (29 de marzo de 1877), un soneto acorde con la celebración del día, que llevaba como título «Entrada de Jesús en Jerusalem», la primera estrofa era así:

(3) *Ibidem*.

(4) Benavente Serrano, J.: «Poesías». Prólogo de Martínez Tornel, J. Tipografía La Paz, Murcia, 1876, pág. VI.



«Lluvia de flores alfombraba el suelo,  
palmas y olivos agitaba en tanto  
el pueblo aquel, que con eterno llanto  
lloró después la maldición del cielo» (5).

Tres años antes de morir había fundado una revista cuyo nombre, «El Thader», evocaba el antiguo nombre del actual río Segura.

La revista era cuatrimestral y su primer número apareció en junio de 1873. Apenas logró pasar de los primeros números. Lo escaso de su publicación y lo breve de su tamaño, cuatro páginas tamaño folio, contribuyeron sin duda a que los pocos ejemplares existentes desaparecieran y hoy no puedan hallarse más que referencias.

Aun estas referencias no son claras en cuanto al contenido. Para Pío Tejera queda definida con los adjetivos «literaria y artística» (6). Para el diario La Paz de Murcia, en la breve nota que publica el 4 de junio de 1873 dando cuenta de haber recibido el primer número de la revista, la denominación de que se vale es «político-literaria».

No creemos que el cambio de adjetivación sea en el fondo demasiado significativo, a nuestro entender, más se acercaría a la denominación empleada por Pío Tejera ya que el simple hecho de ser cuatrimestral le restaba fuerza temporal incluso para cualquier comentario político pues habría perdido toda actualidad. Nos imaginamos una sencilla y pobre publicación con la colaboración esencial del propio director, José Benavente, y de algunos de sus amigos y compañeros en el quehacer poético-literario, eso sí, dando cabida a las otras artes.

En opinión de Ibáñez García, la revista «El Thader» fue una digna sucesora de «El Aura Murciana» «lo que fue el mayor elogio de la revista en que colaboraron Rodríguez Gómez, García Aldeguez y cierta poetisa que se firmaba, desde Madrid, Robustiana Armiño de la Cuesta» (7), posiblemente un pseudónimo.

La explicación de el por qué de la denominación «política» que le daba el diario La Paz de Murcia queda expresada en palabras del mismo Ibáñez García: «El Tader (sic) dedicó su artículo de fondo a la «crónica política», pero el resto del periódico (intercalando prosa y verso) fue de varia y amena literatura» (8).

(5) La Paz, de Murcia, 29 de marzo de 1877, pág. 1.<sup>a</sup>

(6) Tejera y Ramón de Moncada, J. P.: «Biblioteca del murciano o Ensayo de un Diccionario Biográfico y Bibliográfico de la literatura en Murcia». Madrid, 1941, pág. 327.

(7) Ibáñez García, J. M.: «Serie cronológica de la prensa periódica en Murcia». Murcia, 1893, pág. 148.

(8) *Ibidem*.



Si sus desgracias no lo privaron de una vida literaria creativa, tampoco parece que la hosquedad de su carácter fueran tan patentes que no tuviera relación con sus coetáneos.

Algo de verdad, aun velada por la emoción del recuerdo del amigo muerto, ha de haber en las palabras de García Aldeguer en su necrológica.

«Todos los que conocían a Benavente no podían menos que quererle: modesto, tolerante, cariñoso para con todo el mundo, era amigo de todos y todos eran amigos suyos» (9).

Aunque tampoco su vida y su muerte fueron en olor de multitudes pues «con lágrimas en los ojos —dice Martínez Tornel— lo depositamos allí unos pocos amigos; allí rezamos sobre sus restos y allí le vimos por última vez» (10).

Su obra, escasa en consecuencia con su corta vida, quedaba dispersa por la publicación en distintos medios y una buena parte de ella estaba aún inédita. A solo dos días de la muerte, La Paz adelanta el proyecto que se gestaba en la ciudad, «tenemos entendido que algunos amigos del desgraciado Benavente piensan coleccionar sus producciones más escogidas e inéditas, para darlas a la luz acompañadas de una corona poética escrita por todos los poetas murcianos. Aplaudimos desde lo más íntimo de nuestra alma el pensamiento y desde ahora ofrecemos nuestro apoyo» (11).

En mayo el proyecto había pasado a la realidad y en el periódico La Paz de Murcia se publican casi a diario nuevas listas de suscriptores, entre los que se encontraban conocidos personajes del momento, bien murcianos, bien relacionados con la región. A título de ejemplo sirvan los nombres de los siguientes personajes: Juan de la Cierva, Ricardo Sánchez Madrigal, Emilio Díez de Revenga, Pedro Díaz Cassou, Antonio García Alix, Fermín Lorenzo Pausa, José María Erans, Antonio Hernández Amores, Andrés Baquero Almansa, Javier Fuentes y Ponte, Ricardo Gil, Julián Calvo, etc.

Anecdóticamente entre las decenas de nombres masculinos sólo el de una mujer, Eladia Bautista Patier.

Con el tiempo, el mismo diario irá dando progresivamente noticias del estado en que se hallaba la publicación. Así el 4 de noviembre «Podemos satisfacer la curiosidad de «El Noticiero» respecto a la publicación de las poesías de nuestro amigo José Benavente Serrano, anunciándole que ya

(9) Necrológica en la muerte de José Benavente Serrano. Obra citada.

(10) Prólogo de Martínez Tornel. Obra citada.

(11) La Paz, de Murcia, 4 de abril de 1876, pág. 1.<sup>a</sup>



está terminada la impresión y preparada la encuadernación» (12).

Mes y medio más tarde, el 20 de diciembre, «Hoy se han puesto a la venta las poesías de nuestro malogrado y querido amigo D. José Benavente Serrano, las cuales se están repartiendo a los suscriptores que apoyaron el pensamiento de publicarlas» (13).

Por último, el 28 de enero del siguiente año, 1877, «Poesías de D. José Benavente Serrano. Se venden en la imprenta de nuestro periódico al precio de diez reales de vellón el ejemplar» (14).

El volumen que salió a la luz, de 148 páginas, estaba sentidamente prologado por Martínez Tornel con una semblanza personal y un breve análisis de la obra.

El total de composiciones era de 31 poesías y un drama histórico en un acto y en verso, el título «El Monasterio de Santa Clara».

En esos breves apuntes dedicados a la crítica, dice uno de los párrafos de Martínez Tornel, «No es aprensión mía el notar un dejo de amargura en todos los versos de Benavente; yo quisiera justificarle, y más ahora que el infortunado no necesita nada, ni a nadie; yo quisiera decir con tal ánimo, que hay ciudades ingratas en las que no se atiende más que a las exigencias de la política, y los hombres se olvidan de todo, y no tienen, ni corazón para sentir, ni independencia para proteger a quien lo merece» (15).

Creemos en la segunda parte tan llena de humano sentir y denuncia de la injusticia, pero lo cierto es que tras la lectura conjunta de sus poesías no es esta la sensación que prevalece, la amargura, sino como también dice Martínez Tornel «la espontaneidad del no aprendido canto del ave, la ingenuidad de la inocencia y la candidez de la creyente juventud» (16).

El contexto histórico en el que se mueve Benavente, en el que surge la poesía explica su temática, sin duda los elementos personales afloran, pero rara vez de forma directa, esto es, prevalece en él un intento de poesía varia que es el simple reflejo de la que se escribe en España en esos momentos.

---

(12) La Paz, de Murcia, 4 de noviembre de 1876, pág. 1.<sup>a</sup>

(13) La Paz, de Murcia, 20 de diciembre de 1876, pág. 1.<sup>a</sup>

(14) La Paz, de Murcia, 28 de enero de 1877, pág. 1.<sup>a</sup>

(15) Prólogo de Martínez Tornel. Obra citada, pág. X.

(16) *Ibidem*, pág. VII.



La tardía llegada y expansión del Romanticismo a nuestro país, cuando casi había declinado en otros lugares y, por otra parte, la «proclamación» de España como «país romántico» convertida así en meta del viajero romántico, dan un tinte peculiar a la creación literaria de la segunda mitad del siglo XIX español y, creemos, más especial aún a los escritores líricos. Las causas son complejas y en ellas se entremezclan la peculiar evolución histórica y la pervivencia de la ideología ilustrada que dará paso a una nueva corriente sin terminante ruptura.

No es extraño, bajo este punto de vista, que la poesía de las últimas décadas del siglo XIX resulte un conglomerado de tendencias que van, en palabras de Baquero Goyanes, desde «el romanticismo intimista de Bécquer, o el no menor interiorismo lírico y melancólico de Rosalía en su lengua natal o en la castellana. Y la presencia de una poesía cívica o social que se hace «Gritos de combate» en la retórica de Núñez de Arce. Y, en contraste con esos grandes aspayentos, la pretensión campoamorina de extraer filosofía metafísica de lo más menudamente humorístico y aparentemente intrascendente» (17).

Si bien la literatura en Murcia del siglo XIX no puede ser considerada excesivamente brillante, es cierto que, como todas las otras zonas geográficas, produce sus frutos, unos frutos que como es lógico van a seguir el dispar movimiento de las letras generales españolas incluso cuando en la segunda mitad del siglo se encauzan hacia creaciones de marcado tono regionalista.

Nombres de murcianos contemporáneos de Benavente son Selgas, Martínez Monroy, Sánchez Madrigal o Ricardo Gil entre otros. Todos y cada uno de ellos asumiendo en su obra algunas o todas las tendencias que su enclave biográfico les facilitaba: desde una pervivencia de formas neoclásicas, hasta los albores de un modernismo, pasando por el ámbito de ese característico romanticismo español.

La mayor parte de estos escritores participan de lo que Alemán Sainz denominó certeramente «la tristeza complementaria de la época» (18).

Esto es lo que Martínez Tornel apreciaba en la poesía de Benavente, la tristeza ambiental que, introduciéndose desde el exterior, inundaba casi necesariamente la creación lírica para que esta pudiera adquirir ese tinte melancólico que, por lo general, era considerado imprescindible para ser

(17) Baquero Goyanes, M. Prólogo a Luna Guillén, M. J.: «Ricardo Gil. Poeta de atardecer y de alba». Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 1978, sin página.

(18) Alemán Sainz, F.: «Literatura. El siglo XIX», en «Historia de la Región Murciana», Tomo VIII, Ed. Mediterráneo, Murcia, 1980, pág. 282.



aplaudido como poeta. No quiera esto decir que las biografías de los poetas fueran felices pero, a nuestro entender, ese triste hálito que, con más o menos acierto, formaba parte del crear poético no surgía de las profundidades del alma ni de las propias vivencias sino que era sobrepuesto a la composición de la misma manera que se elegía la forma, manifestada en un vocabulario o en una métrica determinada.

Estos dos ámbitos, la sinopsis de ideas vigentes y la «tristeza complementaria» están en la obra de Benavente con mayor presencia que en otros autores. La explicación es bien sencilla: no tuvo tiempo de depurar su poesía a fuerza de creación y elegir, ya madura, su propio camino. Receptor de lo que le ofrecía el ambiente literario, actúa impulsado por fuerzas exteriores aún sin una fuerza propia. Sin proponérselo vuelve a ser Martínez Tornel el que define el hecho con palabras precisas: «la musa que le prodigaba sus caricias era la que se complacía en la tristeza de los cementerios y en la dulzura de los amores inocentes» (19).

Hoy a esa musa la llamaríamos contexto o influencia del momento, de los cuales Benavente no tuvo tiempo de evadirse para crear una obra personal aunque no se sustrajera de su época ni de su mundo.

Una breve panorámica de las 31 composiciones de su libro póstumo basta para confirmar el hecho de la recepción y diversidad de influencias.

El caso más claro es la imitación de Campoamor, así declarada como subtítulo en la composición «Ayer y Hoy»:

«Cuando la primavera alboreaba  
me separé de ti,  
y «adiós» decías anegada en llanto,  
«acuérdate de mí».  
Y hoy que el otoño desnudó los valles  
y vuelvo junto a ti,  
«vete», me dices, con altivo acento,  
«no te acuerdes de mí» (20).

El tono histórico-heróico de Núñez de Arce se dibuja en las décimas «A Miguel Cervantes Saavedra, ante su tumba» en las que según Martínez Tornel «hay majestad y grandeza, no libres en un todo de afectación» (21).

(19) Prólogo de Martínez Tornel: Obra citada, pág. VII.

(20) Benavente Serrano, J.: Obra citada, pág. 33.

(21) Prólogo de Martínez Tornel: Obra citada, pág. VIII.



«¡Viva la esclavitud! gritan unos,  
¡Viva la libertad! dicen los nuestros,  
y entre tanto los genios de la historia  
la epopeya cruel van escribiendo» (22)

La tristeza amarga y teatral de Larra está presente, con frases propias que rematan todas las estrofas como el sonido reiterativo de una pesada y grave campana oída en la lejanía, «El día de los muertos»:

«¡Venid a rezar conmigo  
la plegaria de los muertos!» (23)

El intimismo bacqueriano adecuado y adaptado a sus recuerdos personales que evocan su dolorida vida con un mucho de contenida tristeza, cuando rememora en «A una amiga» sus afectos de niño:

«Después sentí tantas penas,  
tantas y tantas ¡Dios mío!  
que aún su recuerdo me mata  
y no sé si muero o vivo» (24)

La poesía circunstancial, compuesta para un momento como homenaje o galante cumplido representada en «A la aplaudida actriz Victoria Díez», «En el album de la señorita Doña Asunción Pujalte», «A Asunción Pujalte», «A los autores de la zarzuela», «Dar posada al peregrino». También aquella poesía circunstancial que se adapta a la temática y forma que ha de ser juzgada por lo que se aunan y son palpables más que nunca la conjunción de estilos y temas, buen ejemplo de ello es «Charitas. Los tres amores», composición que fue calificada de «mérito» en los Juegos Florales de 1875, en Murcia. O la dedicada en 1873 a «Murcia en los Juegos Florales».

La interrogativa desesperación que pudo emplear Espronceda, matizada por un lenguaje y una forma ya evolucionada a la experiencia personal casi enlazando con Bécquer en «¿Por qué será?»:

«¿Por qué será que me quedé llorando  
cuando te vi pasar,  
y tu desdén dejó en el alma mía  
clavado su puñal?» (25)

(22) Benavente Serrano, J.: Obra citada, pág. 30.

(23) *Ibidem*, pág. 47.

(24) *Ibidem*, pág. 6.

(25) *Ibidem*, pág. 61.



Un apunte, un embrión de la forma y temática premodernista en la nueva expresión metafórica de versos claros y de frases de intento luminoso y visual aparece en «La alborada»:

«Cambiantes bellos  
que en luz se cambian,  
van señalando su curso al alba» (26)

De igual manera en «El Peregrino» «una décima tan artísticamente hecha —dice Martínez Tornel— que en el movimiento acompasado de sus diez versos, se siente la fatiga del caminante» (27)

Está por otra parte el intento de poesía nacional, liberándose de influencias foráneas. Ya hemos hablado de sus composiciones históricas y legendarias, a ellas hay que unir el drama histórico en un acto, que no llegó nunca a representarse, «El Monasterio de Santa Clara», cuyo principal mérito a juicio de Tornel es «que ya en sus primeros ensayos aspiró a hacer un drama histórico, bien al contrario de otros jóvenes que prueban sus fuerzas en traducciones, plagios, arreglos o imitaciones de las musas cancanescas de allende el Pirineo» (28).

Es en este tipo de poesía altisonante y rígida donde encuentra Martínez Tornel el principal valor de Benavente pues «no le falta calor para cantar a la patria, pero le sobran lágrimas que llorar en el cementerio» (29).

Posiblemente no es exacta la crítica. Las composiciones patriótico-históricas (las menos, por cierto, en el conjunto de la obra) fueron sencillamente una prueba más. Su tono encendido, tan al gusto de la época, las hacían más apasionadas, más comprometidas, más elocuentes. Pero hemos de reconocer que no dejan de ser una de las variadas cuerdas que pulsa intentando un armonioso acorde y, como en las restantes, «se conoce en la aspereza del sonido que está la cuerda demasiado rígida» (30).

Por otro lado, pese a los numerosos estilos o tendencias construidos, la aspereza no está sólo en los sonidos, también en un vocabulario todavía bastante rígido, poco suelto y precario en numerosas ocasiones. Tampoco hay un pensamiento profundo aunque hay atinados versos que nos llevan al atisbo de un auténtico sentimiento poético.

(26) *Ibidem*, pág. 16.

(27) Prólogo de Martínez Tornel: *Obra citada*, pág. VIII.

(28) *Ibidem*, pág. IX.

(29) *Ibidem*, pág. XI.

(30) *Ibidem*.



Resta, latente y adivinado, lo mucho que pudo haberse conseguido con el tiempo; las cuerdas de su poesía se hubieran ido templando y enriqueciendo y hubiera podido ser elegida la melodía más adecuada.

No intentemos ver, como hicieron sus contemporáneos, un genio en ciernes porque no había tal, pero sí pudo haber sido un poeta menor con brío y calidad, laborioso y entusiasta de su obra, trabajador constante de sus versos.

No pudo ser así, su vida y su obra se vieron truncadas demasiado pronto y su promesa para con la poesía no fue posible que la cumpliera.

Sirva este somero estudio para el conocimiento de un poeta murciano prácticamente olvidado en la actualidad y que, sin embargo, cuando alguna vez vea la luz la urgente Historia de la Literatura en Murcia tendrá, a no dudarlo, su puesto en un momento de transición que incluso a nivel nacional está falto hoy por hoy de estudios en profundidad.

